

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Vivimos en plena película, y un robo escandaloso, cometido en circunstancias que revelan en los culpables gran serenidad y maña, es el asunto de todas las conversaciones, y el tema de cien artículos, porque parece que se ha echado mano a los... iba a escribir *ladrones*, pero son tantos los eufemismos que ahora se estilan, que diré *sustractores* de Correos.

Desde luego, la calificación del delito es benigna: se reduce a *estafa*, a robo con engaño. Si la estafa es esto, estafa llamaremos al lindo escamoteo de una fuerte cantidad, contenida en varios pliegos de valores declarados.

Parecía al pronto que no danzaba en ello más que un ladrón, pero luego resulta, como en las películas, que se trata de una cuadrilla numerosa, y que la Policía, al ponerse sobre la pista, ha tenido que registrar diferentes domicilios, y prender del primer arranque a nueve individuos, uno de ellos del sexo femenino, complicados en el asunto.

Véase una demostración de la superioridad de lo individual sobre lo colectivo. Si el *golpe* lo da uno solo, sale de pobre, y acaso no necesita volver a robar. Repartido el lucro entre nueve, y quién sabe si entre doce o quince, ¿qué le toca a cada uno? ¡Bah! Una futesa.

Y por más que discurro, no veo que hiciese falta tanta gente para la hazaña. La mucha gente tiene además el inconveniente grave de que entre quince será milagro que no haya un indiscreto, o dos, o más. Secreto entre tres, axiomáticamente, ya no es secreto ni cosa que lo valga.

Segura estoy de que no bajan de veinte o veintitantos los que aparecerán complicados en el robo consabido. Entre veintitantos, chica tajada se puede repartir.

La prensa nos dice que con el producto del robo pensaba la cuadrilla desarrollar gran actividad industrial, comerciando en telas, prendas confeccionadas y otros artículos. Vea usted qué buenos propósitos eran los de estos galanes. No les ganara ni el mismo Ginesillo de Pasamonte, de cervantesca memoria.

Con todo esto ha dado al traste la brigada de Policía, y a fe que hay una razón por la cual me alegro especialmente: porque así queda limpia hasta de la menor sospecha la personalidad de los empleados que entregaron los pliegos, y que a poco más pagan con su carrera y honra la indudable ligereza, única falta de que se les puede acusar.

Y según van pasando días, se va poniendo más en claro lo que se refiere a la atrevida estafa, puesto que así hay que llamarle. Y va resultando la verdad de mi suposición: estos hechos en que interviene tanta gente, se descubren por delación o, como se dice en el *argot* profesional, por sopló.

Entre tantos cómplices, siempre hay uno que queda descontento de lo que en el reparto le ha correspondido, y ése denuncia, por venganza. Historia muy antigua, que nunca sirve de lección ni de ejemplo.

Tampoco saben jamás los culpables, cuya psicología es por demás infantil, aunque parezcan muy astutos, contenerse en hacer gastos extraordinarios y derroches innecesarios a raíz de su delito. Los autores y cómplices del robo de Correos, no desmintieron la regla. No se privaron del gustazo de deslumbrar a su barrio, de llenar de géneros su tienda, de armar juergas redondas, guateques y bautes lujosos, de tirar, en suma, aquel dinero tan mal adquirido y que podía costarles tan caro. La mitad de los delitos y aun de los crímenes cuyo móvil es el robo, se descubren por tales imprudencias y ostentaciones pueriles. Creo que fué el célebre asesino Pranzini el que, a los tres días de degollada su víctima, repartió sin recato sus joyas a algunas mujeres de mal vivir; y le costó cabeza.

No hay día en que no se anuncie una nueva exposición de arte. En casi todas, puede quitarse el casi, hay cosas bellas, interesantes y dignas de aplauso. Y dominan el paisaje y el género chico, cabezas, escenillas en lienzos de cortas dimensiones. Diríase que el arte quiere adaptarse a lo reducido de las moradas actuales. Tal se observa en el salón de la casa Vilches, y tal en la Exposición permanente del Palacio: las obras responden a ese criterio: decorar una habitación chiquita.

Por la misma razón, supongo, han desaparecido por completo varios géneros: el histórico, que demanda espacio para la composición, el truculento, que tanto hemos visto en las grandes Exposiciones, y el religioso, que ya no tiene aficionados. Todo se vuelve cabezas, paisajes y flores. En resumen, cuadros de esos que hacen decir a la gente «Me lo llevaría con gusto para mi casa.»

Y si no se los llevan más personas, es debido a que los artistas se resisten a poner un precio al pie de sus obras. Las venden, sí; pero vergonzantemente, como recelosos; y esta indeterminación retrae a los compradores. Si cada cuadro tuviese debajo la cantidad que vale, o en que lo tasa su autor, más resultado práctico darían estas Exposiciones.

Dijérase que, aquí (y no sé si allí ocurrirá lo mismo), existe una especie de pudor artístico, equivocado, en mi opinión, que quiere apartar de la vista la idea de que un objeto de arte tenga un valor en mercado. Y ¿por qué no ha de tenerlo? De esta idea singular se origina la frecuente miseria en que algunos artistas caen, y la irregularidad de los recursos que alguna vez allegan. El día en que los pintores pusiesen un precio determinado, público, y no exagerado, a sus creaciones, se compraría un cuadro para mil incidencias en que hoy se compra un objeto industrial. En vez de enormes canastillas de flores, que se marchitan al día siguiente, se regalaría, los días de los santos, un *panneau*, por ejemplo, de los que se exponen en el salón Vilches, y que son haces de rosas fresquitas. En vez de objetos de bisutería y de relumbrón, ¿no se preferiría, para las bodas, un gentil cuadro de paisaje?

Pero entre el comprador y el artista está la valla de ese misterio impenetrable, de ese secreto que envuelve la posible transacción comercial. Se teme el compromiso de tener que dar mucho, y el ridículo de ofrecer poco. Y allí se quedan los cuadros. Apenas, de ciento, hay uno o dos que ostenten la consoladora tarjeta: «Adquirido.»

Cada cual hace de su capa un sayo; pero yo aconsejaría a los artistas que facilitasen al público la formación de la costumbre de comprar cuadros, casi abolida ya. En otros tiempos, aunque pareciera extraño, se compraban muchos más cuadros que ahora. Había por lo menos unos que se vendían seguramente: los religiosos. Vírgenes y Santos al óleo se expendían, porque no habían entrado aún en escena las horribles oleografías, ni otros procedimientos industriales, que hoy infestan las casas y las iglesias también. Se compraba un cuadro (mejor o peor, no todos habían de ser Murillos), pero siempre ese cuadro era una nota de arte en el hogar.

* *

Quisiera señalar algún acontecimiento teatral digno de referirse, pero estamos en uno de esos períodos de estancamiento en que nada sobresale, nada se destaca con relieve y vigor.

Son las que se representan obras que el público ha recibido sin desagrado, y nada más. Obras en que un actor o una actriz de valía salvan el conjunto por la perfección con que desempeñan su papel, obras en que el aparato escénico y lo vistoso de trajes y decoraciones cubren lo insignificante de la trama. Y el auditorio no pide más, y hasta se divierte francamente. Tal es el estado actual del arte dramático y cómico. Sobre todo cómico, pues hemos convenido en que se trata de hacer gracia, de enristrar chistes; de que se ría el espectador, porque espectador que ríe está vencido.

Y yo, para darme una satisfacción íntima, independiente de ciertas exigencias que ahora predominan, fui a un teatro popular, al de Price, donde trabaja Borrás, poniendo en escena obras del antiguo repertorio (Dios se lo pague). Daban *El zapatero y el Rey*. La sala estaba literalmente atestada, y además se extendía por ella una niebla de humo de tabaco. La concurrencia distaba mucho de ser escogida. Había hasta niños de pecho en brazos de sus madres, lo cual es el signo de que es muy democrático el ambiente, porque ya la clase media puede dejar a sus críos en casa, al cuidado de la chachita. Con todo esto, y con parecerme deficiente la *mise*

en scène, y no sólo la *mise en scène*, yo pasé uno de los mejores ratos, viendo a Borrás encarnar la figura de D. Pedro de Castilla en el inmortal drama zorrillesco. Y a mi satisfacción se unía la de ver que el público entraba en el drama, aplaudía sus hermosos versos, seguía la creación del poeta, con una atención casi increíble, y digo casi increíble, porque se me figura que, dada la forma y disposición del recinto, pocos oírían y verían, a no haber tenido, como yo, la precaución de solicitar una localidad muy próxima al escenario...

* *

He aquí lo que me gustaría, si estuviese en mis medios, subvencionar. Un teatro donde por turno se representasen las obras más escogidas del repertorio, lo mismo antiguo que moderno. Un teatro de arte, de belleza, de poesía, de tradición, de altura. Tengo sed de él. Si en mi Teatro se representase *El zapatero y el Rey*, verbigracia, no había de faltar en él detalle. Se vería la lucha desesperada de los dos hermanos, dentro de la tienda de Beltrán Claquin, y la muerte dada a Inés, en lo alto de la montaña. Y comparsas y figurantes, y por supuesto los actores, vestirían y se caracterizarían con propiedad escrupulosa, para causar la máxima ilusión. Y la sombra de D. Enrique no sería el actor mismo detrás de una tela transparente, sino la aparición espectral, de misteriosas líneas que puede surgir del delirio de un epiléptico, como fué el Rey D. Pedro, y como genialmente adivinó Zorrilla, que también padecía epilepsia.

Yo ya sé que, por desgracia, no da el teatro de Price para tanto. Por eso digo que yo haría semejantes primores en un teatro especial, digno del decoro de nuestra tradición dramática. Lástima grande que los que así sentimos, no podamos realizar. ¡Y tanto dinero como por ahí se malgasta en tonterías y en cosas peores que tonterías!

El teatro que yo imagino, naturalmente no intentaría ser una empresa lucrativa; costaría dinero al Estado o al particular o particulares que lo fundasen; pero pondría muy alto nuestro nombre y nuestra cultura ante el extranjero, ante esa América que habla nuestro idioma y apenas conoce nuestro teatro (a pesar de que Zorrilla, en sus viajes, vió en una toldería o ranchería de indios representar el *Don Juan Tenorio*). Y, a la larga, hasta reproductiva, o al menos, compensadora, pudiera ser la empresa.

Pero ¿quién sueña en tales iniciativas? Vamos generando entre chistes de sacacorchos y sensiblerías de antiguo folletín. Como arca cerrada y material perdido yacen en las Bibliotecas los tesoros de nuestra Musa, las sales de Tirso y Alarcón, la fuerte emoción dramática y filosófica de Calderón y Lope. Y Zorrilla, el romántico de la perilla y la capa, y Rivas, el semiheleno, y Tamayo, el sespiriano, se van arrumbando, apenas recordados por las generaciones, o refugiados en un teatro que no lo es, que tiene los defectos de un Circo, y que sólo frecuenta el pueblo, dotado de más sentimiento artístico, espontáneo, que las altas clases... Y las obras dramáticas, aun las más bellas, se han hecho para representarse, para arrostrar las candilejas, para dar todo su efecto en ese terreno propio.

Mi teatro ideal no llegará nunca a la realidad. Comprendo muy bien a Luis de Baviera, que se hizo para sí su sala de ópera.

* *

Al través del tiempo transcurrido, *El zapatero y el Rey* conserva su energía y frescura, y el alma atormentada de D. Pedro se nos muestra en el monólogo terrible, en que con tanto acierto ha hecho intervenir el poeta la negra magia y los conjuros y horóscopos fatales. Don Pedro de Castilla, llamado por unos *El cruel*, por otros *El justiciero*, es de las figuras históricas más interesantes, más sugestivas. Su vida combatida y azarosa le permitió manifestar plenamente su carácter, en el cual se reúnen ciertos rasgos típicos de D. Juan Tenorio, otros de Domicio Enobarbo Nerón, algunos de Juliano el Apóstata, y no pocos de los reyes campeadores y valientes hasta la locura que, por esta cualidad, se conquistaron el amor de su pueblo. Todavía en Sevilla, don Pedro es popular. En Galicia fué adorado. Pero tenía malos enemigos que supieron explotar sus yerros, y tuvo un historiador que fué partidario del Bastardo. Y ningún personaje conozco que así se preste a la creación del mito romántico, como este Rey de Castilla, en el siglo XIV.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.